

Yugoslavia, tú y yo

JAIME AVILES

Ese fue el último viaje que hicimos juntos. Cuando pienso en los depósitos de langosta bajo el muelle, en los bosques de pinos que rodeaban el lago y se extendían hasta el mar, en la jaula de osos del Jardín de los Pioneros, o en los marinos del barco griego que nos había cruzado a la isla desde Du-brovnik. Cuando pienso en el Mercedes blanco del hombre que nos llevó a Sarajevo, o en el cónclave familiar que tuvo cuando llegamos aquella noche a su casa, y cuando pienso en todo lo que sucedió después, en lo que se estaba gestando ante nosotros, pero también entre nosotros. En fin, cuando pienso en el verano de 1990 y en lo que ocurrió más tarde, prefiero mejor acordarme del Maestro León, de su abultada maleta, de la botella de agua que se rompió cuando nos íbamos, ellos -él, su mujer- a Belgrado, nosotros a Hungría. Era mayo, fines de mayo. Mi hija quería una fiesta de campo en el Ajusto, una fiesta con piñatas, concursos, pastel, mañanitas, premios. Y estábamos por zarpar en caravana de padres y niños desde Copilco cuando en esto suena el teléfono y respondo y preguntan si puedo ir a Roma. Sí, a Roma, ya, en tres días. De manera que durante junio la vida es sólo entrar y salir de Roma: trenes de noche, andenes atestados de banderas en todo el norte de Italia, banderas y borrachos, borrachos y cornetas, cornetas y policías: treinta y cinco días de gritos y fútbol, un cansancio mortal y 3 mil dólares limpios en el bolsillo.

Pero la fiesta del Ajusto había servido asimismo para que Ella se despidiera de nuestros amigos y anunciara que se iba con mis hijos a pasar el verano con su gente en Europa. Cuando Maradona clavó el penalty que eliminó a Italia de la Copa del Mundo, ella telefoneó desde París y a la mañana siguiente nos reuníamos en la hosca penumbra de Termini, en cuanto el Palatino se apagó en el andén. "Italia está horrible", le dije. "Tenemos que escapar". Así era realmente. Con el hundimiento del PCI se había esfumado la cultura comunista que ocupaba un amplio espacio social, y desde el cual era posible contemplar con deleite el resto del país, la Italia del Papa, la demócrata-cristiana, la mafiosa y camorrista, la snob, la peor. Nunca había visto semejante número de africanos en Vía Nazionale, en Piazza della Repubblica o en Trastevere, y desde luego jamás había imaginado que los polacos tan rubios limpiaran parabrisas cuando los autos frenaban ante la Gelateria Bianca Neve por Castel Sant'Angelo. En todas partes lo primero que hacían era mirarte los pies, y descubrir por los zapatos si eras italiano o pobre, pobre o extranjero, extranjero o drogadicto. "Vámonos de aquí", le dije. "Pero ya, corriendo". Todo el mundo se iba por suerte, pues venía el calor, y una mañana mi hija sacó su diario y su lápiz y puso: "Estoy muy triste. No tengo con quien platicar. Hemos pasado el día viajando. Me aburro". Llevábamos tan sólo una hora montados en el tren, pero al fin, grazia Dio, nos íbamos: el campo brillaba de verde, los pueblos ardían en rojo y amarillo, las bugambillas caían sobre los muros renegridos de los túneles. Esa misma tarde, en Anco-na, tomamos el barco a Dubrovnik.

No voy a describir la ciudad medieval, sus laberintos de piedras de color de sol, sus pequeños comercios de agua embotellada, cremas de playa, trajes de baño, lentes de plástico y mascarillas para bucear. Todo lo recorrimos en estado insomne, con inconsciente agrado, como flotando en la plena certeza del ocio que nos aguardaba. Los montenegrinos hablaban italiano con soltura y los italianos hablaban en inglés con los alemanes y el resto no se entendía: ¿qué era, ruso, checo, húngaro, qué? Nos daba lo mismo. Flotando nos embarcamos en un traghetto con marinos y bandera griega, y nos

fuimos en la cubierta de arriba, desenvolviendo para los niños porciones del queso de La vache qui rie. Mientras mi hija escribía en su diario y mi hijo se las ideaba para subirse a la chimenea. Ella estuvo conversando con unas niñas de la isla que iban a un pueblo donde su familia nos podía rentar una cama matrimonial y servirnos el desayuno. Pero cuando atracamos ahí surgió un disgusto, porque desde el primer viaje que hicimos juntos Ella era la Wagons Lits Cook y le encantaba prever los detalles: destino, hotel, punto. El resto se lo confiábamos al azar. El problema era que el pueblo de las niñas no era lo que yo suponía y no quise quedarme; hay que ver más, explorar más, le decía, y con este argumento seguimos hasta el último punto de la ruta, cuatro horas después.

Era un sitio aún más triste que el de las niñas; la playa era de piedra y estaba enlamada y sucia, el pueblo era una sola calle y lo hacía más lúgubre el anochecer.

Ella habló con una mujer que nos saludaba desde lejos, rubia, con un vestido estampado, agitando la mano al tiempo que se apartaba el cabello de la frente. Conversaron un buen rato mientras yo disuadía a los niños de bañarse en aquel charco enlodado, contaminado incluso con botellas de vidrio. El resultado de la charla fue que Ella volvió entusiasmada: había un lago en el centro de la isla, se podían alquilar lanchas para recorrerlo, o ir en una excursión hasta la orilla opuesta y nadar y comer en un balneario. Así que alquilamos la pieza donde la rubia dormía con su marido, nos acostamos los cuatro en un doble lecho matrimonial y curioseamos entre sus libros: La cantante calva era uno de ellos; había textos en ruso, cosas técnicas, y una edición francesa con todos los cuentos de Guy de Maupassant. Todo era de pronto como una película yugoslava.

Al día siguiente desayunamos en el muelle y las avispas copaban la boca del tarro de miel, cosa por la cual nuestro mesero colocaba un tarro abierto en la mesa de junto, para que las avispas se hartaran en él mientras nosotros embarrábamos el pan y la mantequilla. La gente leía la prensa con gestos de preocupación, y por las noches los hombres hablaban en el bar y escuchaban las noticias radiadas con aires de desaliento. Sin embargo, todo el mundo era amable y sonriente con nosotros. "¿Por qué no nos quedamos a vivir aquí? Abrimos un restaurante mexicano", le dije. La primera mañana fuimos remando por el centro del lago hasta una porción rocosa de la costa donde el agua era verde y transparente, y nadamos desnudos pero sin convencer a los niños; yo, desde luego, me eché un clavado y salí con el impulso, temblando, estupefacto de frío pero feliz; Ella en cambio se fue braceando hasta volverse un punto, y luego empezó a llover y nos deslizamos bajo la metralla del agua hasta un refugio donde no vendían chocolate porque estábamos en verano.

Fueron cinco días de pura delicia. El bosque, el cielo, el lago, el mar, cada mañana y cada noche era una película yugoslava, siempre la misma y siempre otra. Sólo una vez presencié una disputa. Un marino del barco griego boxeó unos golpes con alguien, y no sé contra quien, pero hubo gritos un rato y cayeron vidrios en el piso del embarcadero. Regresamos al continente en un ferry casi vacío que nos llevó hasta el muelle de un pequeño balneario donde sólo había ancianos, al norte de Dubrovnik sobre la costa del Adriático. De ese lugar continuamos en un Fiat minúsculo; el que manejaba era amigo de la mujer que nos había rentado la pieza en la isla y en cuya azotea acabábamos de olvidar tres mudas de ropa de los niños. El muchacho abrió la cajuela y depositó nuestro equipaje a la puerta de una estación de autobuses, y no habíamos empezado a olvidar su cara y su nombre cuando nos vimos de nuevo en la carretera, en el campo azul del anochecer. Descendimos en la terminal de una ciudad sin fama y preguntamos por la próxima corrida a Dubrovnik. Partirá a media noche, en cuatro horas. Magnífico, dijimos; dormimos en el camino y ahorramos lo del hotel. De pronto

vino un hombre en shorts y sugirió un trato: si nosotros pagábamos el taxi y lo acompañábamos a buscar su coche, y si después pagábamos la mitad de la gasolina, él a cambio nos transportaría cómodamente a Sarajevo, nos invitaría a dormir en su casa y nos daría de cenar. El taxi corrió durante más de una hora y media, primero por la planicie con cipreses de bruma, y luego por los desfiladeros de una barranca de pinos, y luego a través del bosque. Con la sola luz amarilla del taxi vimos finalmente una mansión rústica de madera misteriosa, con árboles altos y encorvados, y con ventanas tapiadas tras las cuales, sin embargo, se adivinaba gente tal vez acostada, roncando, leyendo. El hombre bajó del taxi y se esfumó entre las hojas del portón de tablas. A los pocos minutos volvió. Ahora estaba de pantalones largos y chamarra de cuero, cargando una maleta. Entonces abrió el portón y sacó un Mercedes flamante, con asientos acolchonados, ventanillas electrónicas, estéreo; sólo faltaba el chofer. Pero el chofer nos había instalado en la carlinga con el motor en marcha, mientras discutía en el portón con una mujer de cabellos rojos que había salido a despedirlo de camisón y bata. Los niños querían hablar con nosotros acerca de los depósitos de langostas en el muelle de la isla, y de la noche que nos comimos una gigantesca por el cumpleaños de Ella; nosotros queríamos hablar con los niños y también con el hombre del Mercedes y preguntarle qué estaba ocurriendo en Yugoslavia, pero el hombre del Mercedes sólo quería hablar de sí mismo, de su éxito, de su coche, de su empleo en Ginebra, de los frecuentes viajes que realizaba a Kuwait. Para él, los yugoslavos eran tontos porque no hacían lo mismo; aquí trabajo no hay, el socialismo no sirve, el partido se mete en tu vida íntima. Y aparte de esto, ¿qué opina del socialismo?

En casa lo estaban esperando su hermano, su cuñada y un tercero que nunca se supo; de los tres, ninguno acogió a los niños con curiosidad siquiera. Tenían prisa por deshacerse de nosotros, así que recibimos indicaciones de acostarlos entre la chimenea y la cocina, y a nosotros nos extendieron un sillón, una especie de reposet para dos, que habían anexado al mobiliario del comedor, en donde también había una tele y una mesa con muchas sillas. Antes de cerrar los ojos pensé que tal vez era una estratagema para robarnos a los niños, pero me fui tranquilizando al oír que los cuatro peleaban incluso a gritos desde la cocina, y además, la orden era terminante: a las seis en punto de la mañana nos despertarían; el hombre nos daría aventón a la parada del tranvía y chao: hasta nunca. Y así fue.

No a las seis pero sí a las ocho nos zambullimos en el tranvía matutino y a las pocas paradas subieron unos gitanos y Ella les hizo furtivas fotos aunque jamás las vi. Desayunamos en la estación de trenes, en un vasto salón sin alma donde el mesero rengueaba con su charola de excusas y carencias. No había casi nada, salvo queso, café y jamón; pan tal vez, leche acaso. Perdimos el tiempo caminando por el centro, por aquellos parques lacónicos y rojizos con edificios austeros y robustos; perdimos dinero en las maquinitas de pócar, y disputamos porque Ella deseaba ir al castillo de la colina, pero el castillo no era museo sino cuartel y yo aspiraba a cosas absurdas como ir al cine o atestiguar un milagro. Así que derivamos hacia el barrio de los musulmanes, y nos detuvimos en todas las tiendas preguntando cuánto valía la lámpara de Aladino, y cuánto las babuchas del Gran Sultán y cuánto la cimitarra del Cha Parrito y cuánto la túnica del Imán Tenido y cuánto el criador de Fátima y Zulema... Sin embargo, el mercado de Alí Babá no abarcaba más que unas cuadras y sin deberla ni temerla bajamos de nuevo al río; buscamos un restaurante, vivimos un drama por una muñeca olvidada en el puente donde el niño se dio un sentón, y pidiendo la cuenta partimos raudos y contrariados a la parada del autobús que iba al Parque de los Pioneros. Ahora cabeceábamos en el sopor de la digestión y la máxima atracción en materia de entretenimiento socialista era una feria donde rentaban cochecitos para los más chicos,

reparaban un carrusel a escala escolar y mantenían como rehenes a los menos espectaculares bichos: ponnies, burros, gallinas, conejos, y cuando mucho, canguros. ¡Ah, no!, había asimismo fieras: una jaula de osos pardos, neuróticos, por supuesto, y la gente se entretenía en arrojarles latas de cocacola para que los plan-tígrados se obsesionaran en desgarrarlas con sus zarpas. Este era el punto más concurrido del zoológico, pero se me antojó miserable que la educación socialista no hubiese valido para evitar esta perversidad y esta simpleza.

El oscurecer estaba invadiendo el Jardín de los Pioneros y se hizo casi noche cerrada en el autobús que nos llevó a la estación, aunque nos apeamos lejos. "¿Será por aquí?", dijo Ella en voz alta. "¿A dónde van?", preguntó un anciano barbado en español. Y dijo al oír la respuesta: "¡Qué gusto poder hablar español. Nosotros", señaló a su mujer. "Nosotros vivimos en Belgrado, pero nuestra familia nació en Sevilla, en la judería de Sevilla, en el siglo XVI". Y sí, en efecto, íbamos en buen camino rumbo a la estación. Así que nos separamos porque éramos más rápidos, y conseguimos los boletos, recuperamos el equipaje en la Consigna, compramos jamón y queso en el bar, y una botella verde de agua y de vidrio y con muchas penalidades ganamos el andén seis. ¡Qué sorpresa! El Maestro León y su esposa aguardaban en el siete: volvíamos a coincidir. ¿Y cómo estaba eso de que su familia era de Sevilla? "Pues claro, porque la reina nos expulsó a Tesalónica, pero mi abuelo emigró a Belgrado y ahora nuestra hija vive en Sarajevo y quisimos visitarla y nos encanta hablar español, ¿verdad, no es cierto?" "Pues claro", dijo con acento castizo la esposa de Maestro León. Y entonces mi hijo soltó la botella de vidrio y de agua, y el agua saltó con un sonido de vidrio verde, y se formó un charco negro en el piso, y una voz recitó el nombre del tren a Belgrado. Pero el Maestro León no había reparado en el charco, en la botella ni en el niño, y de golpe rompió a cantar una vieja canción sefardita: Esa muchacha de Saloniki Hoy la tuvieron que regañar Por unos negros apraquitos Que ella no supo bien guisar...